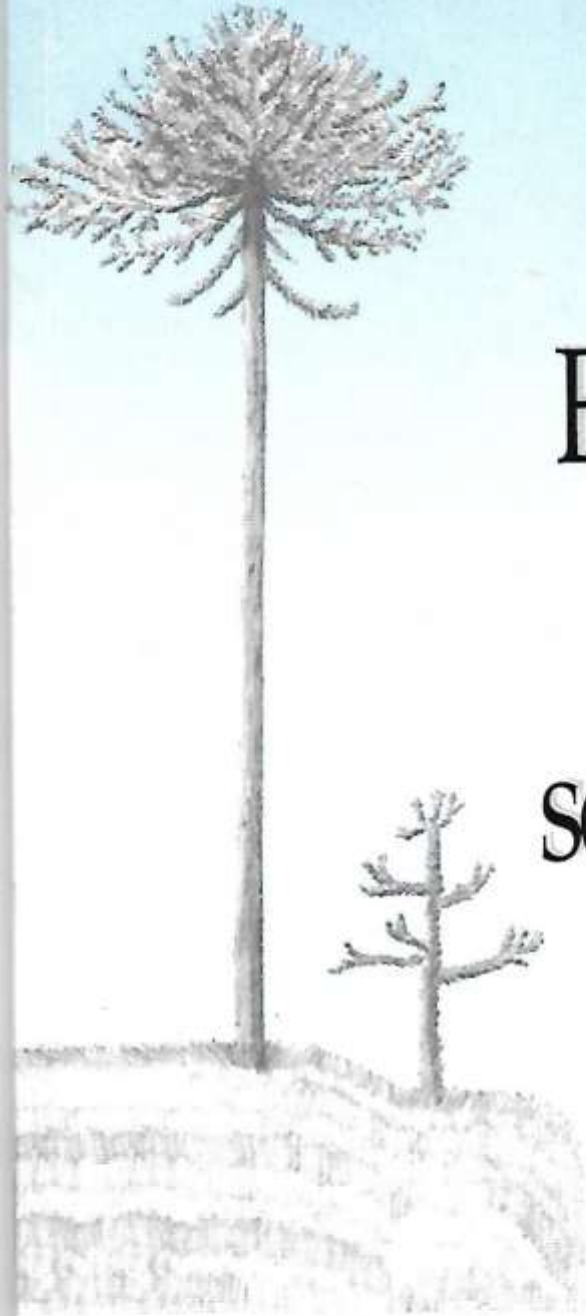


Miranda Gandi



El grito
en la
sombra

MG
Ediciones

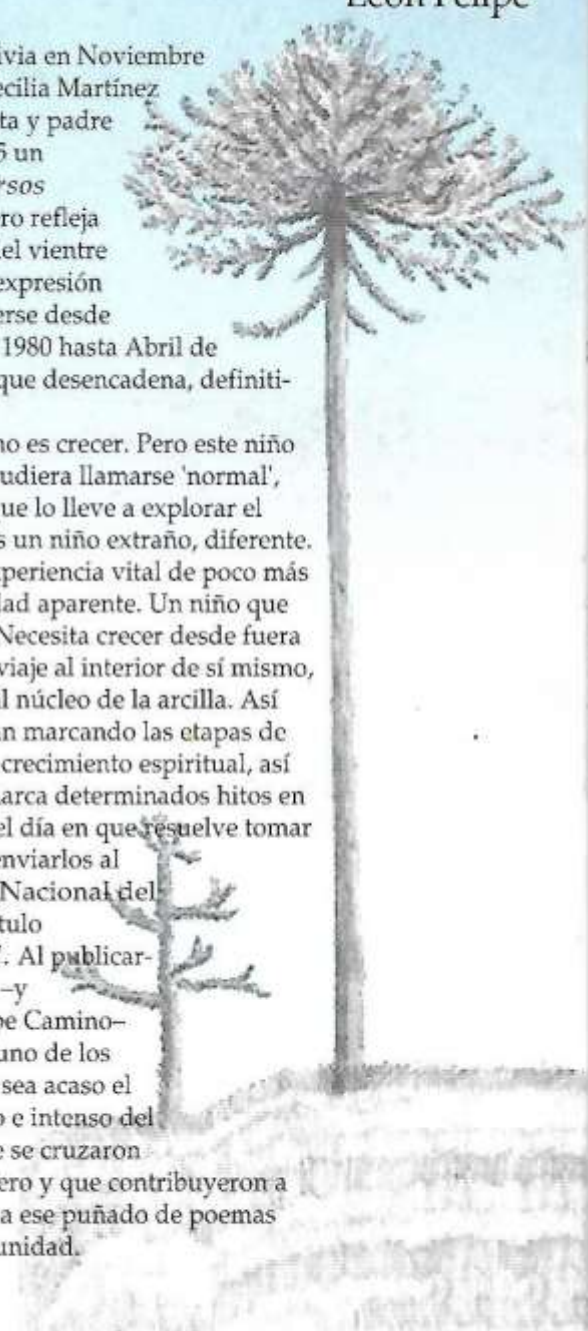
*El poema es un grito en la
sombra como el salmo*

León Felipe

Miranda

Gandi, nacida en Valdivia en Noviembre de 1940 con el nombre de Cecilia Martínez von Vriesen, de madre chilota y padre riobuenense, publica en 1995 un primer libro de poemas: *Versos escondidos*. Este primer libro refleja desde los primeros aleteos del vientre –síntoma de una preñez de expresión poética que hubo de extenderse desde aproximadamente Enero de 1980 hasta Abril de 1994– hasta la contingencia que desencadena, definitivamente, el parto poético.

Nacido el niño, su destino es crecer. Pero este niño no tiene un desarrollo que pudiera llamarse 'normal', desde dentro hacia afuera, que lo lleve a explorar el mundo y sus alrededores. Es un niño extraño, diferente. Un niño que viene ya con experiencia vital de poco más de medio siglo en una realidad aparente. Un niño que necesita revertir la marcha. Necesita crecer desde fuera hacia adentro. Comienza el viaje al interior de sí mismo, al centro del microcosmos, al núcleo de la arcilla. Así como las obras del artista van marcando las etapas de su evolución formal y de su crecimiento espiritual, así este segundo libro de MG marca determinados hitos en este camino. Hitos sellados el día en que resuelve tomar algunos de estos poemas y enviarlos al concurso 1995 del Consejo Nacional del Libro y la Lectura con el título *Destellos en la oscuridad*. Al publicarlos ahora, un año más tarde –y como homenaje a León Felipe Camino– decide adoptar como título uno de los epígrafes tomados de quien sea acaso el poeta español más profundo e intenso del presente siglo; epígrafes que se cruzaron inesperadamente en el sendero y que contribuyeron a fijar un rumbo y un sentido a ese puñado de poemas elegidos al azar en su oportunidad.



El grito en la sombra

Miranda Gandi

Santiago de Chile

1996

Miranda Gandi, *El grito en la sombra*

Edición digital

ISBN 978-956-404-214-5

Junio de 2021

Santiago de Chile

www.mirandagandi.cl

Primera edición limitada: 1996

MIRANDA GANDI. EL GRITO EN LA SOMBRA

© Miranda Gandi

Registro de Propiedad Intelectual N° 98.717

ISBN N° 956-272-586-3

Derechos reservados para todos los países

Dibujo portada: Winko Franz M.

Digitación, edición, diagramación y diseño portada: MG Ediciones

PREFACIO

A manera de Presentación

Y un día cualquiera de éstos, por aquellos avatares del destino que cruzan la historia de los individuos, y la entrecruzan con la historia de los pueblos y de la humanidad toda, es preciso tomar una determinación. De las tres opciones disponibles, se escoge la más poética, la menos plausible y menos práctica del momento histórico individual y colectivo: se escoge regresar a la patria. Se escoge volver a sumergirse en la muchedumbre de vestires grises y homogéneos, de tonos de piel divergentes, de cabellos y pupilas de colores contrastantes, pero que habla básicamente el mismo idioma; y se busca volver a afincar los pies como las raíces en la tierra de esta austral isla que hubo constituido aún el suelo patrio; de una vuelta brusca de espaldas al 'progreso' y al 'desarrollo', se escoge lo precisamente opuesto: el subdesarrollo; al espejismo de valores morales, religiosos y sociales, se oponen la soledad y el silencio de la autenticidad.

Atrás ha quedado la segunda opción: tomar un nuevo o nuevos rumbos, otras geografías, otras lenguas, otras idiosincrasias, otras costumbres, junto a otras lacras humanas desconocidas hasta entonces en estas antípodas, pero cuyos gérmenes, sin embargo, experimentaban violento y soterrado desarrollo en el prolífico caldo de cultivo del Chile de la segunda mitad de la década de los '70. Atrás ha quedado la tercera opción: permanecer en el país del ancestro materno, inmersos en el hiper- desarrollo y el consumismo, en mitad del desenfreno moral que asola las Europas de esta misma década; trasplantados en el cansancio yermo de una tierra desgastada, aunque mecidos por la hipnosis holística del bienestar material y de una precaria seguridad terrenal, transitando geografías que a la distancia habíanse antojado exóticas e imponentes. Sólo para descubrir que para los ojos nostálgicos no hubo cielo más anchuroso y azul que el que gravita sobre esta patria, que nunca fueron más profundos y, a la vez, cristalinos los ríos que aquellos que transcurren más breve y bravíamente la angostura entre las cordilleras andinas y el mar Pacífico;

que nunca fueron las nieves más resplandecientes ni más poderosas las aguas que las que ciñen su longura; que no hubo misterio más hondo ni claridad más traslúcida que la australidad de sus bosques benignos; que nunca fue más dulce ni severo el lenguaje que aquel que el tierno oído aprendió de boca de la madre y del padre y éstos, a su vez, de la de los abuelos y aquéllos, de los bisabuelos.

Y cruzando transversalmente, con la íntima historia personal, la historia de la patria reencontrada -aquella cuya pintura a través del velo de la nostalgia aún conservaba el esplendor de los más vívidos colores y la riqueza de los contrastes- sucede que ésta se nos va desdibujando, esta vez ante los propios y pasmados ojos, deshilachándose entre los dedos como un tapiz manchado, ajado y descolorido en tanto se hace descender sobre éste el telón estridente de un espejismo de cultura - cultura extraviada, alejada del más elemental humanismo, enajenadamente globalizada y adocenante- como un caleidoscopio enloquecido sacudido por manos epilépticas. Los ojos que volvieron, enamorados, a redescubrir la patria contemplan consternados la lenta e inexorable introducción de una nueva y más pavorosa manifestación de colonialismo: el colonialismo del espíritu.

Entonces, volviendo la vista hacia el pasado singular, como sobre la luna desvaída de un espejo antiguo y astillado desfilan una a una las reincidencias recusatorias: se vislumbra la borrosa y tímida imagen de la niña de la alborada de los años '50 que se niega a seguir el doble juego de la religión; la silueta grave y pausada de la adolescente de los años '60 que se niega a seguir el juego de la política y que contempla, impasible, pasar por su lado el curso de las flores y el carnaval de la música libre; la figura maltrecha y vacilante de la joven de los años '70 y '80 que, cruzando su propia epopeya individual, se niega a seguir el juego de la relación incondicional de pareja y se niega a seguir el juego de las convenciones sociales y de su contraparte encubierta: los vaivenes y la duplicidad de la moral pública y de la moral privada; para llegar, finalmente, a la estampa cansina y austera de la mujer que en esta década de los '90 se niega a seguir el juego del exitismo, del consumismo, del hedonismo, de las realidades virtuales, entre otras manifestaciones reminiscentes del rodaje o del camino ya recorrido por otras razas y otros pueblos en el inexorable camino del 'progreso'.

Historia lapidaria de falta de compromiso. En el fondo, un compromiso

rotundo con la vida, con la verdad, con todo lo contradictorio que significa el compromiso con la vida: suerte de extraña y aparentemente incoherente e incongruente consecuencia entre el sentir, el pensar y el actuar.

Del aturdimiento abismante derivado de la suma de fricciones y choques entre las dos historias -la personal y la colectiva-, del enfrentamiento entre la realidad y el sentimiento poético, de la sumatoria de poco menos de medio siglo de rechazos y renunciaciones, surge el grito en la sombra. Grito que recoge los silencios de la hembra--madre-Tierra y que rasga en el poema las mordazas milenarias del alma. Como el *nguilliu* del *pehuén*, cuya potencia palpita custodiada paciente y celosamente por el fértil lecho del trumao volcánico bajo el hibernal silencio de las elevadas blancuras andinas de estos bosques antárticos, el grito perfora las nieves, con la fuerza y dirección de la flecha íntegra, para proyectar desde las raíces afincadas en la entraña de la Tierra, la recta elevada e impecable del tronco, y tender los brazos abiertos hacia el Cielo ofreciendo las flores dioicas de la gran Pasión humana. La hija de Tegalda y de Fresia -mestiza en cuyo plasma navegan los genes de las más diversas estirpes europeas- constituida de amor, rechazos y renunciaciones, recoge todos los silencios, arrojando, al mismo tiempo, a los pies del Hombre los frutos abortados de la civilización y de las religiones instituidas.

Una vez más, este prefacio es el fruto de la lucha interna, de esa extraña dualidad compuesta de dudas, temores e incertidumbre, y la íntima certeza absoluta; de ese alienante devaneo o exquisita tensión entre la razón y la intuición, entre el ejercicio de la inteligencia y la percepción. Y en el reencuentro del camino solitario, se termina por descubrir que el punto de partida es y será siempre la experiencia individual y personal, original, e irrepetible como los códigos del ADN.

Y, en la subjetividad, sólo quedará aquella vieja sensación aunada de tristeza y desolación, aquel vacío luego del dulce desprendimiento, como la melancolía posparto que sigue al alumbramiento del hijo, o como esa suave oleada, mezcla de quieta nostalgia, serenidad y certitud, que inunda el pecho a la liberación del poema.

I El grito en la sombra

*El poema es un grito en la sombra
como el salmo*

León Felipe Camino
(1884-1968)

Un poeta en la ciudad

A Ernesto Cardenal

Santiago de Chile, noviembre de 1994⁽¹⁾

Hay un poeta oculto en la ciudad
le han visto merodear por ahí
hurgando en los basurales
husmeando a toda nariz.

Cerrad bien los postigos
cuidad de extinguir el candil
trancad a recio las puertas
¡no se os vaya a escurrir!

Pluma en ristre y pecho al viento
le han visto inmigrar por ahí
terciando hechizado carcaj al hombro
de esos que no se pueden extinguir.

¡Preparad las barricadas!
¡Descerrajad el polvorín!
¡Encajad los arcabuces!
¡Desencadenad el mastín!
Y, sobre todo,
¡amarraos bien los pantalones
que un poeta anda suelto en la ciudad,
por ahí!

⁽¹⁾ *Este poema fue escrito en un microbús una semana antes y en total desconocimiento del arribo del poeta E. Cardenal a Chile; su génesis se remonta a circunstancias absolutamente personales del autor y en consideración a las circunstancias de otros poetas que pudieran encontrarse en la ciudad. Posteriormente, la autora tomó la decisión de dedicar al poeta E. Cardenal estos versos a raíz del ataque que debió sufrir en la entrevista de un canal privado de televisión, y le hizo llegar una copia de los mismos.*

En las torres de la ciudad

Desde lo alto de la torre
observo el juego de ventanas iluminadas
que clavan como cuchillos en el corazón de la soledad.

En la torre resguardada
bajo cien sistemas de seguridad
—productos de la última tecnología—
experimento un miedo ancestral.

En la torre de seguridad
que me resguarda de los demás
y, sobre todo,
me resguarda de mí misma,
bajo cerrojos y ojos electrónicos
tiemblo de terror ancestral,
y voy quedando cada día
a la vez sobreexpuesta y sobreaislada,
isla encerrada en otra isla
a su vez, resguardada de las demás.

De poetas

Se contabilizan entre tres mil a cuatro mil poetas en

Chile (o en camino de serlo)

Afirman que hay sobreproducción y se postula una

liquidación de poetas

(propongo a todo 'marketing' y un 'destacado' en el

Cuerpo E).

Acusan a un poeta de ser un muerto de hambre, por

la TV*

(de Cordillera a Costa y del Altiplano a la Antártica;

como 'envasado' de exportación no estaría mal).

Agreden a otro —católico y marxista— por un canal

privado

(con 'licencia para matar' a muecas contra

argumentos).

...

...

...

...

...

...

Comentario:

Ojalá hubiera más poetas en Chile y en el mundo.

Ojalá todos fuéramos poetas.

Tal vez, entonces, el mundo sería más claro y ancho.

Tal vez, entonces, habría menos hambre.

* ¿Católica a estatal? No sé cuál sería peor.

Pintura surrealista

Y la vida, una vez más, me ha vencido:
la realidad, como dijo el poeta, ha superado
a la fantasía.

Ni en el más demente y surrealista de los sueños
pude haber previsto
tal felonía,
ni en la más desatada de las más locas
de mis fantasías
podría pintar un cuadro
tan realista.

Alma a la deriva

Arrastro mi existencia
por los escalones cada vez más profundos del hastío.

Rueda mi vida dando tumbos
sin encontrar la alegría prometida.

Me aferro a una última ilusión
sin estar plenamente convencida;
ilusión tan 'destartalada' como esta pobre alma mía
sin saber si será la última,
ha habido ya tantas madre selvas marchitas.

Veo caer las hojas de mi vida
como una lluvia triste, gris y deslucida;
agua que va al agua,
suave, medrosa e inerte.

Anhelo con pasión la claridad prístina del día
en que libre, al fin, de sudarios y mortajas
asuma temblorosa el alma su matemática investidura.

¡Detened, pues, este río, este peregrinar por el desierto!
¡Condensad ya las aguas! ¡Destilad de este hálito terrestre
el licor supremo que ha de humectar, apenas,
el hueco de Tu copa!

Cuando regrese de la Muerte

Cuando regrese de la Muerte
luciré en mi frente un listón de color celeste;
sí:
¡un listón celeste!
Y ocultaré dos marraquetas bajo el brazo,
la izquierda que me corresponde,
y la derecha, del bebé que hube aplastado en la
ascensión a la vida;
y entornaré dulcemente los párpados
en tanto el párroco imparte letanías y aguas
bendecidas en el sacramento del bautismo
y sonreiré, inefable y feliz.

Cuando regrese de la Muerte
llevaré trenzas de oro y pecas inocentes;
tal cual:
¡incluidas pecas inocentes!,
y ocultaré tras la espalda la moneda sustraída
a mi madre
mientras con la mano libre haré la señal de la cruz
y luego mi lengua refinada paladeará el caramelo
y los pequeños dientes sonreirán
su pequeña y diáfana sonrisa
y seré feliz.

Cuando regrese de la Muerte
vestiré un traje de muselina transparente;
textual:

¡un vestido de muselina transparente!,
y desfilaré en la plaza del pueblo
entre dos hileras de escuálidos adolescentes
que me guiñarán un ojo, y a lo mejor, los dos,
y yo bajaré los míos,
suspiraré
y seré feliz.

Y bajaré a las arenas de la playa
con un bikini de lunares rojos;
ya lo habéis oído:
¡un bikini de lunares rojos!,
y buscaré entre los cuerpos bronceados de la playa
aquel que *surfee* la más alta ola más graciosamente;
sí:

¡la más alta ola!,
y le cogeré por amante y esposo
por todos los siglos de los siglos, amén;
habéis escuchado bien:
¡por los siglos de los siglos!,
y seré esposa diligente, sumisa y complaciente
y bajaré los ojos;
y seré madre diligente, permisiva y complaciente
y bajaré los ojos,
y seré feliz.

Y acudiré a la oficina
con un sweater rosa y ceñido;
habéis oído bien:
¡un sweater ceñido de color rosa!,
y mecanografiaré con uñas perfectas de acrílico
todas las palabras dictaminadas por los hombres
(incluidas las cifras)
y entornaré los ojos

y seré feliz.

Y cuando regrese nuevamente a la Muerte

habrá en la Tierra grandiosos resposos negros

y en el Cielo coros amorosos de ángeles celestes

y sonreiré beatíficamente

y cerraré mis ojos

y seré feliz

por los siglos de los siglos.

Amén.

II De otras transiciones

*Sistema, poeta, sistema.
Empieza por contar las piedras,
luego contarás las estrellas.*

León Felipe

Mea Culpa

Confieso,
lo confieso todo:
en los últimos sesenta días
no haber abierto ni tan sólo una
de las Cartolas del Banco;
culpable soy de pensamientos improductivos
y de una lamentable pereza
cuando de firmar un Cheque
o de abrir el Monedero y extraer un Billete se trata;
¿y mi Libreta de Cuentas...?,
páginas en blanco, es todo lo que muestra.

Admito haber tenido malos pensamientos
ante el Cajero Automático:
culpable de concebir la diabólica aspiración
de que una mano mesiánica
(he dicho bien: mesiánica)
hiciérase cargo de mi Vestuario y de mi Mesa
mientras yo, sentada
en el último peldaño del Cubículo Climatizado,
esparciera, cual Tarjetas de Crédito,
¡versos a diestra y siniestra!

Confieso comportamientos impúdicos, de hecho:
reconozco ante la Ley y la Iglesia
haber caminado descalza por los prados del parque
con un balanceo inequívoco de sandalias

(o de *Tennis*, dependiendo de la estación),
y haberme tendido de cara a la hierba
en actitudes reñidas con el Uso
y las buenas Costumbres
y con los modales de una dama.

Admito no haberme ruborizado,
no sentir ni un ápice de vergüenza
ante las miradas sorprendidas,
por no decir, plenas de alta sospecha,
de los habitantes de mi Oficina y de mi Casa;
culpable soy
de pasearme con legiones de libros bajo el brazo
en lugar de una ruma de Carpetas
o de Zapatos.

Acúsome de intento de seducir a un joven Policía
con la más auténtica de mis sonrisas:
culpable soy de hacerle olvidar su Deber
y en un acto de debilidad inadmisibile
haber le visto guardar su Libreta
bajo el Rojo del Semáforo.
A manera de atenuante
y con posterioridad a este y otros hechos delictuosos
(como el de rechazar el Cinturón de Seguridad
con exactamente la misma unción
con que la libertina se persigna
ante el cinturón de castidad)
invoco la firme decisión de enajenar el *Corpus Delicti*
a favor de la catálisis
y de la posteridad.

Tras medio siglo de vida
 lujuriosamente Ordenada,
culpable soy de evitar la compañía
del *Excelsus Homo Erectus*
y de una peligrosamente anacrónica tendencia
hacia la misantropía,
confesa, de no admitir a nadie
en mis paseos ni en mi casa
con la consabida y honorable excepción
de mi perro y de mis gatas.

Cúlpome de una inexplicable debilidad,
accesos de somnolencia
y una inconmensurable apatía,
cada vez que por necesidades propias o ajenas
las rutilantes Vitrinas del Mall enfrento;
huélenme a Liturgias y tráenme resabios de incienso,
a la par que me saben a Hostias, en el Comedero,
las crujideras de tacos.

Y ha llegado la hora de confesar
el menos original de los pecados capitales,
subproducto directo del pecado ultra original:
confieso haber nacido
bajo un Nombre ficticio y,
más que Vidas prestadas, confieso
haber vivido una Existencia enteramente ficticia
en un Mundo igualmente ficticio.
(¿Dónde he leído esto últimamente?
Ya lo dije: de todos mis pecados confesados
es el menos original).

Cierta mirada

*Hombres necios que acusáis
a la mujer sin razón
sin ver que sois la ocasión
de lo mismo que culpáis...*

Sor Juana Inés de la Cruz

No me vencerás con la mirada,
pues desde los ojos ya se me vuela el alma;
el vino de mi sangre
de tu copa con largueza la medida rebasa,
y el camino aún es largo,
no envilecerás mis pisadas.
Y me alejaré de ti
escanciando mis alabanzas.
No,
¡no me vencerás con la mirada!

Lucía

.

Y me pregunto a mi vez:

¿Qué será de la Lucía?

Las trenzas de Lucía no eran de trigo,
las trenzas de Lucía tenían el color del carbón
de las minas desconocidas
y su eterna sonrisa, el resplandor de las anchas nieves
cuando sonríen las nieves, bajo el sol del mediodía;
su mirada era, a la vez, recóndita, azabache
y encendida.

Algo rondaba en torno de Lucía
algo así como un halo de alegría
y sentada sobre el piso del piano
tocaba para mí, ligeras y alegres melodías,
para mí, que le tenía el oído preciso
y luego tomábamos el té con canela de nuestra
ingrácida adolescencia.

Lucía conducía su bicicleta como ninguna
¡ingrácida Lucía!
Arriba y abajo, entre Pueblo Nuevo y la plaza,
las calles se hacían breves para la bicicleta de Lucía,

y mi madre, benévola, sonreía
cuando entré en la órbita de Lucía
y su enigmático canastillo de mimbre
en el que nunca se vio nada sino el espacio vacío.

Inseparables canastillo, Lucía
y bicicleta en beneplácita trilogía
inconcebible era Lucía sin su canasto
y el canastillo, sin Lucía
y la bicicleta, sin su amable compañía.

Misteriosa e inefable Lucía
etérea, ingrávida,
pedaleando alegremente por la vida;
no hubo peso ni volumen
 en el canastillo de Lucía
no hubo fuegos ni nieves
 sobre el alma de Lucía;
y aun cuando el verano se estiraba
y escapaba por los confines de la Araucanía
Cajón y Padre Las Casas fueron los polos de Lucía
rubios y ondulantes trigales fueron los casquetes polares
 del universo de Lucía.

¡Cuánto te extraño, Lucía!
Cuando mi canastillo ha desbordado tantas veces
 por los incontables vertederos de la vida
y he agotado la esterilla con que su fondo zurcía,
cuando mi alma sucumbe bajo el embate del detritus

y naufraga en torbellinos de lava y nieve
y se desploma en cascadas de hielo y se quiebra y
disemina,
para volver al curso del río
tumultuoso, como el Cautín de la Araucanía:
¡Cómo te extraño,
Lucía!

*...bicicleta... máquina muy extraña,
metafísica, contradictoria y absurda:
¿cómo es posible que con esa estructura se
pueda equilibrar por sí misma?...*

Nicanor Parra

A un vendedor de cuello y corbata
en la calle

Tú vas
yo vengo
tú y tu ponderosa valija de quimeras
yo, con mi feble canastillo de visiones
ambos naufragados de mareas
ambos, vendedores de ilusiones.

En brillante sortilegio despliegas
 el último prodigio de las ciencias
noble producto del no menos preclaro intelecto
que el humano en su ambición y su codicia
ya hallará la manera de torcerlo.

Mientras yo, del sombrero negro de la vida
conjuro blancas palomas de esperanza
que algún día disecarán los ornitólogos
para exhibir en el mesón de las albricias.

Raíces

...para qué sirven los versos si no es para el rocío?

Pablo Neruda

I Llegará aquel día, hijo,
en que enfilando la mirada hacia lo alto
percibas tan sólo una angosta chimenea
limitada por una pequeña y azul raíz cuadrada,
el día en que el potente rayo del mediodía
incapaz de perforar la selva gris
alumbra y temple sólo tangencialmente
la metrópolis oscura y desolada;
el día en que las voces se pierdan
en el hueco de su propia acústica,
el día en que las almas y los cuerpos
deambulen en penumbras duplicadas,
y enjambres de espíritus entrecorran
en la tiniebla de círculos rotos
sin saber de dónde vienen y hacia dónde van,
sin saber —tan sólo— si vienen, o si van.

*Llegará ese día, hijo,
en que tú también te preguntarás
de dónde vienes y hacia dónde vas.*

II No busques respuestas en objetos ni personas
vé a los lugares de tu infancia:
busca el arroyo que besó tus plantas
entonces desnudas de prisas y de obligaciones;

encuentra el rincón de las luciérnagas
aquellas que iluminaron aún más
 tus límpidas miradas;
respira del árbol bajo cuya sombra
detuviste tu pequeña marcha azorada;
ve en busca del mar
 de tus primeras aventuras de pirata
y las doradas arenas de tus ensayos de enterrado;
recorre el patio de la casa que ocultó tus travesuras,
aquel que sólo un delgado muro separaba
del vasto jardín de las grandes bribonadas.

III Transita las calles que midieron tus pequeños pasos
y verás cómo se redujeron las distancias;
observa a los hombres y sus grandes afanes
y constatarás la escasez de su importancia.
Entra a la iglesia que oprimió tus tiernas sienes
y en la nave silenciosa y vacía
tocarás a Dios
como debió ser, desde el primer día.

Epílogo

*Si en esta vuelta a tus raíces encontraras
que no existen ya, ni la casa ni el patio ni la nave
es que Dios así lo quiso
(de pie y con la frente en alto
deberás su decisión
aceptar).
Si, en cambio, encontraras
que tampoco ya son*

*ni el árbol ni el arroyo,
ni la arena ni las aguas transparentes del mar,
es que el Hombre así lo quiso
(sólo restará postrar la rodilla
inclinando la cabeza
y orar).*

Bella Durmiente Siglo XXI

Ella anda en batallas de no sé qué mientes
dice que le han brotado rosas en el pecho
y va derramando pétalos
entre campos de impávidos penitentes.

Como una moderna Dornröschen
se ha desperezado de entre el brozal
herida por misterioso beso
a cien años de orfandad.

Dice que ya no todo le sabe igual
extraños le son estos solares
y el aire ya no le suele sustentar
que no ha podido encontrar aguas
en que poderse mirar

que ya no entiende de lenguas
que viajan de boca en boca.

A mí me parece, simplemente,
que se ha vuelto un tanto loca.

III Destellos en la oscuridad

*Poesía,
tristeza honda y ambición del alma,
¡cuándo te darás a todos... a todos,
al príncipe y al paria
a todos...
sin ritmo y sin palabras!*

León Felipe

Yo no quiero que me hagan reina

Que yo no quiero que me hagan reina
de lontanos reinos excluyentes,
que quiero caminar descalza
por arcilla y pedregones:
arcilla quiero en mis manos
pedregones en mi sien.

Arcilla quiero en mis manos
fresca, viva y palpitante,
que no la quiero bruñida y estática
sobre el zócalo de mi lumbre;
pedregones vengan a mi sien
que he de mantenerme erguida y alerta:
que la sangre que mane
 impregne la arcilla y,
cuajada con una lágrima,
 ¡caiga sobre el papel!

¿Qué Quieres de mí?

Desperté un día
a contemplar mi geografía baldía:
extensas llanuras desoladas,
bosques azules largamente inexplorados,
cumbres inmemoriales, olvidadas;
levanté hacia Ti la pupila vacilante
y Dejaste caer Tus nieves bendecidas;
ahora sólo soy, un paisaje helado.

Desperté un día
a descubrir mi alma aterida:
de afanes y rigores, petrificada,
puerto yermo de humanas pestes y miserias,
vórtice de tempestades y ciclones;
quise beber en el mar infinito
de Tu amor y Tu misericordia
y Dividiste el océano;
ahora sólo soy una isla en la soledad
de un hemisferio.

Desperté un día
a deambular en las tinieblas:
de aprender y saber, oscurecida,
errante de estrella boreal,
de la mínima órbita, desarraigada;
elevé hacia Ti la vana pupila interrogante
y Partiste mi frente con el rayo;
ahora sólo soy una ciega, a merced
de Tus relámpagos.

Quisiera ser sólo un mago

*Pero a los bárbaros se les caían de las botas, de las barbas, de los yelmos, de las herraduras,
como piedrecitas, las palabras luminosas que se quedaron aquí resplandecientes... el idioma. Salimos perdiendo...
Salimos ganando... Se llevaron el oro y nos dejaron el oro...
Se llevaron todo y nos dejaron todo... Nos dejaron las palabras*

Pablo Neruda

Quisiera abrir el puño
y dejarlas caer
(son miles de palabras prisioneras):
brillantes sobre el terciopelo
estrellitas en el arco azul
luciérnagas en el rincón del bosque
gotas de rocío sobre la hierba al amanecer.

Quisiera vestir de azul
sobre el hielo del ventisquero,
esparcirlas con un amplio ademán
y contemplarlas caer
y escuchar el eco cristalino
rebotando en el gran silencio de algún atardecer.

Quisiera adentrar las aguas
del más profundo océano
y sembrar
los puñados de pececillos plateados
y con el soplo de mi aliento mágico
aventarlas hacia la superficie y verlas resplandecer.

Quisiera vestir de blanco
y empapada de la entraña de la tierra
hendir
lágrima a lágrima el duro y negro basalto
y esculpir la huella
que otro hubiera de recorrer.

(Pero, para eso es preciso ser un mago
o, ¿tan sólo poeta?
Y
¿quién lee a los poetas?)

Quisiera ascender, descender, trascender
traspasar el Tiempo
y a la vera de mi Dios yacer
exhalando en cada suspiro
tantos astros mágicos como fuere menester
y luego inclinarme a contemplar
la danza infinita de la alegría,
de la luz y del saber.

(Pero, para eso es preciso ser un dios
y eso, no lo puedo ser)

*Diversas son las líneas de la vida
cual camino son y cual confines
de las montañas. Lo que somos aquí,
pueda un dios completarlo allá,
con armonía y Gracia y paz eternas.*

J.C.F. Hölderlin

Juego de palabras

Que la vida es un juego, dicen
que dicen los que saben lo que dicen;
y que hay que saber jugar, dicen
que dicen los que saben aún más
lo que dicen los que mejor saben lo que dicen.
Este juego no lo juego yo,
no porque no sepa jugar juegos
que de juegos sí que sé,
como sé, que la vida no es un juego;
como digo que jamás lo aprehenderé,
tal vez por falta de entendimientos
o porque, en este sentido, nunca creceré.

El círculo y la parábola

*Throw a stone into the stream
and the circles that propagate themselves
are the beautiful type of all influence*

Ralph Waldo Emerson

Como un guijarro lanzado al agua
he entrado en el círculo mágico
en que todo se encadena y se anuda o desanuda
(la cita en el libro que lees,
el artículo en el periódico,
el volumen en la librería de viejo,
la palabra del poeta):
el círculo se propaga
sobre el espejo del agua.

Buscando voy, recorriendo caminos:
caminando encuentro el camino,
el camino me reconoce y yo me reconozco en él;
soy yo quien lo piensa,
¿o soy pensada por él?
Soy yo quien lo busca,
¿o soy llamada por él?

Tal vez todo no sea
más que una gran coincidencia;
o, tal vez, sólo vaya reencontrando
la, alguna vez, extraviada senda.
En esta tierra de ancianos
en que sólo cabe envejecer,
voy naciendo cada día,

¿o será que es al revés?:
caminando desando camino
proyectada hacia el origen
de vuelta a la soledad del embrión.

¿O son las vidas tan efímeras,
lo que dura el vuelo diurno del ave
que debe retornar al nido
cuando se llega la tarde?
¿Adónde fueron los pájaros que no retornaron al nido?
¿En qué hito de la parábola
se quedaron desprendidos?

Acaso la vida no sea más que eso:
el apacible planeo del ave
la amplia elipse del poema
la ronda mágica del sol:
el círculo,
o la parábola...

El poeta

(A devenir he venido...)

No he bajado a correr por la vida
ni para ser el primero he venido
no para atesorar la ciencia
ni desdeñar lo no sabido.

No ha de ser fácil el camino
de piedras y abrojos es la senda
a esquivar la blanda felicidad he venido
y a pagar sangre y prenda.

No fui trasplantada por el rayo
para reconstruir las sombras
efímero comburente ardo
en el anónimo fanal de la transparencia.

No subí desde el fondo de la tierra
a sentarme a la diestra de los regentes
ni he ascendido para cercarme
de séquitos complacientes.

No vine a embozar la mentira
ni a proferir calumnia se me dio la palabra
no a descifrar el lenguaje críptico
ni a articular código y clave.

No se me dio el encendido discurso
que moviliza a la turba inconsciente
ni la mansedumbre ciega de la oveja
que corre feliz hacia el barranco.

No he venido a encauzar los ríos
ni a cercar las aguas, transcurrido
sólo he venido a regar las raíces
del alma que es dueña de sí misma.

El viento

“Otra es la clave de los signos

“Otra es la llave del cerrojo

“Otros, los vientos que abrirán estas puertas

“Otros son los signos de los tiempos

Y los vientos soplan en mi oído:

Renuncia

Renuncia es la consigna

Renuncia y avaricia

Coge y guarda la semilla

Aguarda tiempos propicios

Haz como la vieja segadora

Que por vieja y por sabia

Sólo ha cogido los mejores granos

Hay un silencio

Hay un silencio.

Hay un silencio que circunda
como el lejano rumor continuo de las olas
cuando me detengo, solitaria,
sobre el penacho de la duna

Hay un silencio de voces soterradas
hay un silencio de pupilas celadoras;
susurros y entredichos,
silencio de pasillos; puertas y ventanas clausuradas,
silencio de aire cercado de paredes
reptando pisos, escalando muros, pegado al techo.

Hay un silencio que quiere escapar, pero no puede;
hay un silencio que se asfixia,
y como nebulosa escaldada
se expande buscando un ocaso, una salida,
un orificio como la cintura
del cosmogónico reloj de arena
para verterse en el otro gran Silencio:
ese
que todo lo dice y lo contiene
sin Razón
y sin Palabra.

Es la hora

–Es hora de irnos –dije–

–Eso no es posible, debemos terminar

–Debo irme –repetí– es la hora

–Eso es imposible, mañana será demasiado tarde,
debemos terminar ahora.

–No puede ser –insistí– mañana es demasiado tarde
para mí. Ahora es la hora.

–¿La hora de qué? Y, ¿por qué no puede esperar
hasta mañana?!

–Mañana es otro día, no es ahora. Mañana también
será ahora, pero mañana, no hoy...

–Y ¿qué es tan importante hoy, si mañana será igual?

–No, no será igual. Hoy es hoy y mañana será hoy,
pero mañana.

–Volvemos a lo mismo. Y ¿de qué es la hora?, si
puedo preguntar?

–Debo escuchar lo que el Silencio me dice, ahora.

Mañana no servirá para hoy, y nunca sabré qué
sucedió hoy. Jamás lo sabré...

Crepusculario

Y cada atardecer desciende sobre mí
depositando sobre mi alma una extraña calma
la sensación de que por un día más
—sólo por este día—
todo está aún en orden.

Y sólo por ese instante
valió la pena vivir el día
sólo por ese instante...,
¡volver a comenzar!

La hora del ámbar

El silencio vespertino tiene el color del ámbar
y la dulzura del recogimiento
la hora en que el ave retorna al nido
y la oveja mansamente a su redil.

El silencio vespertino tiene el color del ámbar
y siluetas de árboles desnudos
recortadas contra el cielo de la ciudad
silencio de máquinas y brazos
recogiéndose en la hora de la paz.

El silencio vespertino tiene el color del ámbar
y el perfume anticipado del relente
la hora en que la campiña sosegada
se fija en mi retina, de apacible mirar.

El silencio vespertino tiene el color del ámbar
y siluetas de cordilleras áureas
recostadas sobre el confín de la ciudad
silencio de almas benévolas
recogiéndose en la hora de la paz.

*I died for Beauty – but was scarce
Adjusted in the Tomb
When one who died for Truth, was lain
In an adjoining Room –*

.....
.....
.....
.....

*And so, as Kinsmen met a Night –
We talked between the Rooms –
Until the Moss had reached our lips –
And covered up – our names –*

Emily Dickinson
(1830-1886)

CONTENIDO

(ÍNDICE DE ESTA EDICIÓN DIGITAL)

Prefacio	
A manera de Presentación	5
I El grito en la sombra	8
Un poeta en la ciudad	9
En las torres de la ciudad	10
De poetas	11
Pintura surrealista	12
Alma a la deriva	13
Cuando regrese de la muerte	14
II De otras transiciones	17
Mea Culpa	18
Cierta mirada	21
Lucía	22
A un vendedor de cuello y corbata	
en la calle	25

Raíces	26
Bella Durmiente Siglo XXI	29
III Destellos en la oscuridad	30
Yo no quiero que me hagan reina	31
¿Qué quieres de mí?	32
Quisiera ser sólo un mago	33
Juego de palabras	35
El círculo y la parábola	36
El poeta	
(A devenir he venido...)	38
El viento	40
Hay un silencio	41
Es la hora	42
Crepusculario	43
La hora del ámbar	44
Epígrafe de Emily Dickinson	45